



De infancias y exilios. Experiencias y narrativas *en tránsito*¹

Eva Alberione^{2*}

Introducción

Los golpes de Estado ocurridos en el Cono Sur en la década del setenta marcaron un punto de inflexión tanto en la institucionalidad de los países como en la vida de miles de personas. En Argentina, las prácticas represivas desplegadas por la dictadura cívico-militar tuvieron un enorme impacto subjetivo, dejando marcas individuales y colectivas que pueden rastrearse hasta nuestros días. El exilio fue una de las violencias menos visibilizadas tras el retorno democrático,³ a pesar de que afectó de manera singular y profunda los lazos familiares y sociales y las relaciones intergeneracionales. ¿Por qué preguntarnos hoy por las marcas dejadas por el exilio de los años setenta? O, dicho de otro modo, ¿qué reflexiones en torno al lazo social y lo común puede habilitar esta experiencia y los diversos modos que las y los sujetos encontraron para transitarla?

Ante todo, vale recordar que, dadas las particularidades de la época, hacemos referencia a un exilio que fue no sólo *masivo*, sino *familiar y transgeneracional*; es decir, que impactó tanto en la vida de los adultos como

1 Dedico este capítulo a la memoria de Leonor Arfuch, maestra y amiga, cuyas palabras y enseñanzas, así como su inquietud por el presente y su confianza obstinada en lo porvenir, resuenan en este texto y continúan orientando caminos.

2 Licenciada en Comunicación Social (FCC) y Magíster en Comunicación y Cultura Contemporánea (CEA) por la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente se encuentra finalizando el doctorado en Ciencias Sociales (FCS) en la Universidad de Buenos Aires.

3 Tras un primer momento de emergencia de ensayos, relatos autobiográficos, obras literarias y filmes concebidos por intelectuales, escritores y periodistas que habían transitado el exilio -producido sobre todo a mediados de los años 80-, el tema fue quedando relegado de la agenda y los debates públicos; al menos hasta mediados de los años 2000, cuando se produce la emergencia de una nueva serie de narrativas producidas ya no por la generación de los padres, sino por sus hijas e hijos.

* FCC-CIFFyH / UNC - eva.alberione@unc.edu.ar

en la de niñas y niños. A partir de mediados de los años 2000, las memorias de estas infancias atravesadas por la persecución, la clandestinidad, la exclusión, la dislocación y el desarraigo han ido encontrando expresión pública debido a la emergencia de una serie de narrativas producidas por *exiliadx*s *hijxs*⁴ y niñas y niños nacidos en el exilio. Novelas, documentales, instalaciones, poesías, obras de teatro, canciones y *performances* -en su mayoría de corte autobiográfico o autoficcional- donde esos *niñxs* -hoy adultos- exploraban su tiempo de exilio y las huellas dejadas por esta experiencia.

¿De qué pasado “en común” nos hablan estas memorias infantiles signadas por la violencia del terrorismo de Estado? ¿Qué marcas subjetivas y miedos acuñados en esos años, perviven y aún operan individual y colectivamente? ¿Qué continuidades podemos reconocer con nuevas formas de violencia y exclusión infringidas sobre niñas y niños, atendiendo sobre todo a la dimensión disciplinadora que ejercen sobre las expectativas de futuro? Pero también, ¿qué nos ofrecen -como aprendizaje- estos singulares modos de narrar, resignificar y transmitir las experiencias traumáticas vividas a edades tempranas?

En este trabajo nos detendremos en los modos en que el poder militar buscó intervenir sobre las infancias, y en las violencias que ejerció sobre niñas y niños -desde aquellas generales aplicadas al conjunto de la población, hasta ciertas prácticas represivas específicas-, analizando en particular, el caso del exilio. Pondremos foco en la dimensión transgeneracional del daño infringido; así como en los modos en que las marcas dejadas por esta experiencia han sido abordadas y tramitadas por los sujetos a partir de una puesta en forma narrativa -que es también puesta en sentido-. Investigaremos para ello en algunas producciones artísticas contemporáneas que recuperan las vivencias del exilio infantil desde un “yo” adulto que las enuncia, recuperando las estrategias enunciativas que en ellas se despliegan, las memorias que convocan, las continuidades y resignificaciones que proponen y los diálogos que entablan con otras formas de control y

4 La categoría de *exilidxs hijxs* (Alberione, 2018) hace referencia a las niñas y niños nacidos en el país y forzados al exilio junto a sus familias. Optamos por utilizar este término en lugar de otros más extendidos como “segunda generación” de exiliados, con el propósito de enfatizar la primeridad y singularidad de esta experiencia, distinta en muchos sentidos a la de los padres.

violencia, que penosamente afectan a miles de niñas y niños en todo el mundo.

Dictadura, subjetividades e infancias

El gobierno de facto que se inicia con el golpe de estado del 24 de marzo de 1976 llega al poder con el propósito de imponer un nuevo modelo de país de corte neoliberal. Para ello impulsará profundas transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales que afectarán particularmente los vínculos sociales, todo aquello “en común” que definía a la sociedad argentina del momento. Como parte de esta estrategia, se buscará un efecto “totalizante” en la vida de los sujetos, aniquilando cualquier vestigio de disidencia u oposición e imponiendo un férreo control y disciplinamiento social basado en la persecución, la delación y la imposición de un terrorismo de Estado (Duhalde, 2013) cuyas secuelas aún nos afectan.

En este sentido, la dictadura marca un hito en el devenir del país, no sólo porque sienta las bases de una honda transformación estructural orientada por políticas neoliberales, sino porque opera de manera singular sobre las subjetividades, los vínculos y los afectos, “reescribiendo” el pasado e incidiendo de diversos modos⁵ en los horizontes colectivos y las expectativas futuras. En este último punto, adquieren relevancia ciertas políticas y prácticas activas llevadas adelante por el poder militar con el objetivo de intervenir en la vida y subjetividad de las infancias, algo sobre lo que volveremos más adelante.

En los años transcurridos desde el retorno democrático, frecuentemente hemos enfatizado las rupturas con ese pasado trágico que como sociedad fuimos capaces de realizar: desde el “Nunca más” -del cual se cumplen ya 40 años- y las condenas a represores, hasta ciertos acuerdos y consensos democráticos que suponíamos sólidos e irrenunciables. Sin embargo, tal vez resulte interesante hoy volver la mirada atrás para pensar en las continuidades, en esos finos hilos comunicantes que -a pesar de los esfuerzos en contrario- aún conectan las transformaciones operadas durante el último gobierno militar con el presente.

5 Nos referimos no sólo a la irreparable pérdida de toda una generación mermada y “desaparecida”, sino al cambio de paradigma político, económico y social, y a los complejos cambios subjetivos a los que dio origen.

Resulta interesante en este sentido, revisar los modos en que esta matriz de pensamiento -y también cierta economía de los afectos- ha seguido operando con mayor o menor fuerza a lo largo de distintos momentos de la historia reciente.⁶ Dar cuenta de las sutiles tramas que vinculan aquel período con las sucesivas crisis económicas, la pobreza estructural -cuya reducción sigue siendo una asignatura pendiente para la democracia-, las crecientes brechas -no sólo económicas-, el descrédito de la política y las organizaciones -sociales, sindicales, religiosas, barriales, etc.-, y la creciente incidencia del individualismo -con sus profundas implicancias subjetivas-. Sucesión de infortunios a la que en los últimos tiempos se suma el peligroso aumento de expresiones de violencia, odio y crueldad; escenas y discursos en los que el otro pareciera ser no ya un par -alguien “igual a mí”, y al mismo tiempo, irreductiblemente diferente en su singularidad-, sino el enemigo a vencer o aniquilar -alguien carente de todo valor o importancia social-. Emergente quizás de una nueva inflexión neoliberal, que pareciera asentarse en miedos pasados para coaccionar el presente, disciplinar la imaginación política y enflaquecer los futuros posibles, recurriendo para ello a marcas subjetivas viejas y nuevas promesas de dudosa concreción.

Volviendo al tema de las infancias, a partir de la década del 60 niñas y niños fueron considerados -tanto por la militancia revolucionaria como por el poder militar- sujetos centrales del cambio social (Cosse, 2022, 2018; Carli, 2011; Peller, 2010). Los discursos revolucionarios de la época, los presentaban como los principales destinatarios de la lucha política (Cosse, 2018), el germen del cual surgiría el “hombre nuevo” que vendría a trastocar el orden social imperante.⁷ En tanto para el gobierno militar, se trataba de un sector importante de la población al que era necesario educar y controlar, para que respondiera de modo efectivo al proyecto de sociedad y país que se intentaba imponer, erradicando cualquier atisbo

6 En este sentido, podemos mencionar ciertos momentos “claves” donde la matriz neoliberal se acentúa y reactualiza: los gobiernos de Carlos Saúl Menem, la última etapa de Fernando De la Rúa, la gestión de Mauricio Macri y la actual avanzada liberal/libertaria de Javier Milei. Momentos donde pareciera que el viejo proyecto de la dictadura cobra cuerpo y renueva su vitalidad.

7 Es importante señalar que esta idea del “hombre nuevo” -más allá de su significativo masculino-, traía consigo también una impronta de género que se evidenciaba en acciones concretas como la alteración de las dinámicas familiares tradicionales producto de la militancia activa de las mujeres.

“subversivo”. Concebían pues a la crianza de niñas y niños como una posibilidad de injerencia concreta en la orientación de las futuras generaciones y, por tanto, de gran importancia para el futuro de la Nación.

Es en este contexto en el que deben analizarse las políticas activas de intervención y disciplinamiento llevadas a cabo sobre las infancias, así como las múltiples estrategias punitivas y represivas aplicadas por la dictadura sobre este grupo. Entre las primeras podemos mencionar, por ejemplo, el férreo control del espacio escolar, interviniendo no sólo sobre los currículos y contenidos a enseñar,⁸ sino sobre las dinámicas cotidianas de la escolaridad al establecer reglas de orden y disciplina que delimitaban los modos en que docentes y estudiantes podían vestirse, moverse, hablar o habitar dichos espacios, incorporando incluso la delación como una práctica frecuente dentro de las instituciones escolares. Entre las segundas, resulta relevante señalar el desarrollo por parte del aparato represivo militar, de prácticas específicas que tuvieron por objeto a niñas y niños, como la obligación de presenciar la tortura o muerte de uno o ambos padres, el nacimiento forzado en centros clandestinos de detención, el abandono en asilos u orfanatos, la apropiación de bebés y niños, entre otras (Cosse, 2022, 2018; Urosevich, 2015; Alberione, 2018).⁹ Ello no implica desconocer el peso que sobre este sector tuvieron las acciones represivas implementadas sobre la población general y los adultos -de las que las infancias fueron víctimas también, debido al vínculo familiar-¹⁰ como la persecución, el encarcelamiento, la desaparición, el exilio e incluso, la muerte.¹¹

8 No sólo controlando los planes de estudio y materiales a enseñar, sino reglando el sentido de los actos escolares y el uso de los símbolos patrios.

9 Algunas investigaciones recientes dan cuenta de que la aplicación de estas prácticas represivas no fue azarosa ni circunstancial, sino más bien repetida y consistente en sus modos de ejercicio, lo que permite hablar de cierta planificación o sistematicidad.

10 Vale recordar que niñas y niños fueron muchas veces utilizados por el aparato represivo como “botín de guerra” o una forma de presión, intimidación y castigo sobre los adultos.

11 Un caso paradigmático en este sentido es sin dudas el de la apropiación sistemática y planificada de bebés y niños. La idea que subyace a esta práctica es que el hijo del “enemigo” podía -y debía- ser “reeducado” para el bien de la Patria. Con este propósito se lo separaba de sus padres, se “borraba” su identidad y se lo entregaba a otras familias que pudieran darle una crianza y educación acorde a los valores tradicionales que la dictadura buscaba imponer.

En relación a nuestro recorrido, nos interesa detenernos en estas dos ideas. Por un lado, en la concepción de la infancia como algo en disputa, una suerte de “reservorio” donde anidan las posibilidades de futuro de la sociedad -y de allí su importancia para el proyecto de país anhelado-. Por otro, en la importancia dada al cuidado y crianza de niñas y niños¹², a aquello que como sociedad les transmitimos acerca del mundo en que viven, la educación formal que les brindamos, pero también las subjetividades, los sentimientos y afectos que promovemos, el tipo de vínculo con lxs otrxs que les enseñamos o ayudamos a construir.

El exilio de los chicos¹³

[...] el exilio era pertenecer a ningún lado
era mirar desde abajo lo que ellos extrañaban / (ellos, allá arriba)
y extrañarlo sólo por solidaridad / por amor, por respeto, por las dudas
era mirar desde abajo ese país de otros / (ni de ellos ni mío)
donde apoyaba los pies, aun sabiendo
que tampoco pertenecía / (ni yo a él, ni él a mí).

Amor Perdía, Notas de un exilio visto desde abajo

Como mencionamos al inicio, durante la última dictadura militar miles de argentinos debieron partir al exilio. Si bien no existen datos precisos, se estima que serían entre 300.000 (Franco, 2008) y 500.000 (Bertoncello y Lattes, 1986 citado en Yankelevich, 2010) las personas que salieron del país de manera forzada entre 1976 y 1983. Se trató en su mayoría de hombres y mujeres jóvenes -entre 20 y 39 años-, aunque un porcentaje significativo eran niñas y niños.

Es interesante pensar por qué en este particular momento histórico, el exilio -tradicionalmente adulto y masculino- se llena de mujeres y chicos. Quizás ello se deba, en parte, al cambio de rol social de las mujeres y a su creciente participación y militancia tanto en partidos políticos y organizaciones armadas como en sindicatos, organizaciones sociales, religiosas, estudiantiles, etc., lo que las convirtió en foco de la persecución al igual

12 Este interés por el cuidado y la crianza de las infancias, así como por la singularidad de sus memorias, debe mucho al intercambio y escrituras compartidas junto a Candela Gencarelli. En particular ver Alberione y Gencarelli (2023).

13 Usamos aquí el significante masculino porque se trata de un modo coloquial y extendido de referirse a las infancias, pero al hablar de “chicos” hacemos referencia siempre a niñas y niños.

que a sus compañeros varones; pero también a la aplicación de una estrategia represiva centrada en la aniquilación de toda disidencia, que apuntó no sólo al control de los militantes sino al conjunto de su entorno social y familiar, provocando la salida al exilio de familias completas.

A diferencia de lo sucedido en otros períodos históricos,¹⁴ es posible hablar entonces de un exilio *masivo, familiar y transgeneracional* que afecta en algunos casos a padres, hijos y abuelos (Jensen y Lastra, 2014; Alberione, 2018). Sin embargo, a pesar de la contundencia de las cifras y la singular composición del grupo afectado, el exilio fue como anticipamos, una de las estrategias represivas menos abordadas e interrogadas en el período democrático -a excepción, como señalamos, de ese primer momento de auge memorial de mediados de los años 80-. Es probable que ello se debiera al fuerte estigma que le había impuesto el discurso militar que caló profundo en la sociedad argentina de la época y continuó operando luego en tiempos de democracia.¹⁵

Vale recordar que el exilio como práctica represiva está intrínsecamente asociado a la dimensión política, y al ámbito de lo público y lo colectivo. Luis Roniger lo define como un mecanismo de *exclusión institucional* orientado a “revocar el pleno uso de los derechos de ciudadanía y, más aún, prevenir la participación del exiliado/a en la arena política nacional” (2010, p. 144). Se trata pues de una salida forzada del territorio nacional asociada a un accionar político -y dadas ciertas circunstancias que ponen en riesgo la vida de los sujetos y su entorno cercano-; pero también de una exclusión de los sujetos perseguidos de sus espacios cotidianos de participación y de su comunidad de pertenencia. Las particularidades del exilio

14 Para mayor información sobre este punto, es posible consultar los detallados trabajos de Silvina Jensen (2004) y Marina Franco (2008).

15 No nos detendremos aquí en las múltiples causas de esta omisión, las cuales han sido abordadas en numerosas investigaciones (Jensen, Franco, Yankelevich, Lastra, entre otros), pero sí nos parece importante insistir en las implicancias que tuvo el discurso militar con su visión de un “exilio dorado”. El mismo enfatizaba la idea de que los exiliados disfrutaban de una posición cómoda y privilegiada afuera, a diferencia de sus compañeros y compatriotas que sufrían persecuciones y dificultades de todo tipo, algo que llegó a leerse como una “traición” a la propia militancia. Más adelante sobrevino una segunda etapa, donde el poder militar buscó contrarrestar las campañas llevadas adelante en el exterior por distintas agrupaciones y colectivos de exiliados. Los exiliados pasaron a ser entonces el “enemigo externo” al cual se debía combatir por su accionar “anti argentino”.

de los años setenta invitan a repensar el modo en que estos ejes operan, en particular, en el caso de las infancias afectadas.

Aunque existen pocos datos al respecto, sabemos por ejemplo que en México las niñas y niños menores de 9 años representaban el 18% de los exiliados argentinos, y aquellos de entre 10 y 19 años, el 7% (Yankelevich, 2010). En Cataluña (España) por su parte, los menores de 15 años eran el 7% de dicha población (Jensen, 2004).¹⁶ Esta amplia participación de las infancias y adolescencias se verifica también entre la población retornada al país tras las elecciones presidenciales de 1983 y durante los primeros años de la presidencia de Raúl Alfonsín. Podemos decir entonces que el exilio es, en este marco, una experiencia de revocación de derechos, dislocación territorial y subjetiva y exclusión de la comunidad de pertenencia que en la década del setenta atraviesa a un número significativo de niñas, niños y adolescentes; una experiencia que, dada la etapa de la vida en que se produce, es transitada y comprendida de un modo singular, diferente al de los adultos.

Las vivencias de estas infancias transcurridas en el exilio permanecieron ocluidas e invisibilizadas durante décadas, ya que los escasos abordajes sobre el tema solían referirse a la experiencia adulta. Sin embargo, con el correr de los años se fue abriendo un “tiempo de los hijos” (Arfuch, 2010) marcado por la emergencia de diversas narrativas producidas por las hijas e hijos de los perseguidos. Obras que compartían cierta mirada “irreverente”, ciertas licencias de forma, tono y contenido en el modo de abordar el pasado (Blejmar, Mandolessi y Pérez, 2018; Gamero, 2016).

De este modo, de 2006 en adelante, el exilio infantil fue logrando visibilidad y expresión pública gracias a la aparición de una serie heterogénea de obras, en su mayoría autobiográficas o autoficcionales, producidas -muchas de ellas- por mujeres que habían vivido el exilio siendo niñas. Nos referimos a los documentales *Argenmex* (Burkart Noé y Miller, 2006) y *La Guardería* (Croatto, 2015), a las novelas autoficcionales *El azul de las abejas* (Alcoba, 2014), *La danza de la araña* (Alcoba, 2017) y *Una familia bajo la nieve* (Zwaig, 2021), a la novela gráfica *Conjunto vacío* (Gerber Biceci, 2017), a las muestras e intervenciones *Árbol del Desexilio* (Fidanza, 2006-2010), *Travesías. Siete historias* (Fidanza, 2010), *Cactus migrantes. Guardianes de la memoria* (Fidanza 2010-2016), *Other*

16 Es importante recordar que, a las niñas y niños llegados al exilio junto a sus familias, se sumarían luego aquellos nacidos en los países de acogida.

places / Otros lugares (Zito Lema, 2012-2013), *Mi casa es tu casa* (Zito Lema, 2015), *Several Forms Of Friendship / Algunas formas de Amistad* (Zito Lema, 2015-2016), a las *performances* *Cargando penas* (Sánchez Goldar, 2007), *Correspondencia* (Sánchez Goldar, 2010-2011), *Pensamiento, flor de los recuerdos* (Sánchez Goldar, 2010) y *Memoria y Exilio, pequeñas reconstrucciones de la memoria* (Sánchez Goldar, 2010-2011), y a los poemas de Ruth Irupé Sanabria contenidos en el libro *The Strange House Testifies* (2009), entre otras producciones.¹⁷

Obras donde las artistas recuperaban su infancia en el exilio, buscando recrear la perspectiva infantil, el singular lugar desde el cual miraban el mundo en ese entonces y lo que les tocaba transitar. Narrativas que a pesar de sus múltiples géneros y lenguajes compartían ciertos “aires de familia” -estrategias enunciativas, recursos estéticos, modos de volver sobre el pasado- y planteaban también entre sí, diferencias y distancias. Se tornaban así en verdaderos “actos biográficos” que actuaban performativamente ordenando y dando sentido a la propia vida (Arfuch, 2013).

Estas producciones marcaron la irrupción -en el espacio público y en la escena política- de nuevas voces y memorias acerca del exilio, complejizando los abordajes, demandando el reconocimiento de nuevos actores, “desbordando” las narrativas institucionalizadas y reponiendo la presencia efectiva de niñas y niños. En su singularidad, estas obras interrogaban a un tipo particular de memorias -las memorias de infancia-, remitían a una experiencia concreta de exclusión y destierro -el exilio infantil-, y se detenían en la continuidad de las marcas que estos tránsitos forzados -espaciales, pero también temporales y afectivos- habían dejado en las subjetividades y los cuerpos.

Antes de avanzar, nos parece importante introducir aquí un breve comentario en relación a las memorias de infancia, ya que numerosos autores se han referido a su potencia y fuerte poder de conmoción. Benjamin por ejemplo, plantea que se trata de una forma de conservar el pasado distinta a lo que comúnmente llamamos memoria, y deposita en ella expectativas redentoras y utópicas, destacando su singular capacidad para restituir lo que denomina una *experiencia auténtica*. Según el autor, se trata de un modo singular de sentir y percibir el mundo, muy poderoso

17 Estas obras componen un *corpus* amplio y heterogéneo que abarca un arco temporal de más de 15 años, sobre el que trabajamos en anteriores investigaciones. Compartimos aquí solo algunos ejemplos fruto de nuestro análisis.

para conservar y atesorar lo vivido. El mismo suele recurrir a registros estéticos triviales o acontecimientos pequeños que dada su gran capacidad evocativa, funcionan como “shocks” capaces de hacer surgir el recuerdo (Benjamin, 1971 citado en Peller, 2010). Carli por su parte, señala que estas memorias se caracterizan por apelar a formas distorsionadas del recuerdo asociadas a la fantasía, por cierta predominancia dada a lo visual y por la manera en que se guarda o atesora lo recordado, que resulta a veces deformado por huellas o relatos dejados por otros (Carli, 2011).¹⁸

Sin embargo, ambos autores consideran que el acceso a las memorias de infancia no se produciría de manera lineal sino más bien fugaz (Carli, 2011) y estaría asociado a cierta capacidad de convertir los acontecimientos traumáticos en *experiencia poética* (Benjamin, 1971 citado en Peller, 2010). Las narrativas resultan entonces un modo posible de acceder a las mismas, en su sutileza y singularidad; de acercarnos a esas sensaciones, imágenes, sonidos, impresiones, acuñados en los primeros años de vida, que raramente se dejan asir por las palabras, que no suelen conformar un recuerdo nítido o un testimonio articulado. Se tornan así en una materialidad, una superficie de inscripción donde es posible rastrear las huellas dejadas por el exilio temprano y la violencia infringida por el terrorismo de Estado; un umbral donde lo público y lo privado se encuentran, y los tiempos se solapan. ¿Qué sentido tiene para las artistas volver sobre esta experiencia? ¿Qué rasgos singulares asume esta rememoración? ¿En qué se detienen las obras, qué se omite o resulta desplazado? ¿Cómo operan en ellas las memorias de infancia y con qué infancias “otras” dialogan?

“Había una vez...”

Un primer aspecto a considerar es que las memorias de infancia recuperadas en estas narrativas permiten visibilizar aspectos del exilio de los años setenta que habían sido poco indagados hasta entonces, como la cotidianidad de la vida familiar y las estrategias de supervivencia llevadas adelante por mujeres y niños, la superposición de violencias vividas por las familias perseguidas y su impacto en las subjetividades infantiles, el peso

18 La autora señala que en esta deformación intervienen las versiones sobre el pasado contadas por los adultos, otorgando importancia de este modo a las huellas dejadas por la transmisión del recuerdo.

de los tránsitos forzados y la distancia, los dilemas en torno a la identidad, el retorno o no retorno, entre otras.

Las obras remiten a marcas singulares acuñadas a edades tempranas, producto de la persecución y el miedo, el desplazamiento forzado, la expulsión de los espacios de pertenencia -familiares, sociales, culturales, hasta territoriales, si pensamos en la pérdida de lugares cotidianos como el barrio, la plaza, el jardín, la escuela-, la ruptura de lazos importantes -abuelos, tíos, primos, compañeros de colegio- y la imposibilidad de regresar sin correr riesgo de vida. A la violencia que conllevó la rápida adaptación a un país y una cultura que no eran los propios -a veces incluso, a una nueva lengua-, a la multiplicidad de mudanzas y tránsitos posteriores; y más tarde, al dolor producido por el “regreso” a un lugar hostil y extraño o a la eterna nostalgia que acompañó la decisión de permanecer en los países de acogida. Niñas y niños se develan en ellas como nuevos sujetos exiliados, actores cuyas vivencias difieren de las adultas, tanto por la edad, relación con la política y capacidad de comprensión -y decisión- de los hechos, como por el vínculo familiar -su condición de hijas e hijos-, que resulta en este caso la causa principal del exilio.

Por otro lado, el modo en que estas narrativas abordan la cuestión resulta también interesante, ya que muchas recurren a la hibridez de géneros y formatos, la autobiografía y la autoficción. Sin embargo, aún aquellas que apelan a procedimientos y recursos ficcionales, no dejan de poner en juego cierto *valor biográfico* (Bajtín, 1982; Arfuch, 2010) que da cuenta -atestigua- que al menos parte de lo narrado efectivamente sucedió, que ellas lo vivieron y estuvieron allí. Recuperaremos a continuación algunos fragmentos de obras que dan cuenta de esta singular posición de enunciación y de los tópicos a los que nos referimos:

Cotidianidad familiar y vida en el exilio

El día a día de la vida familiar en el exilio es recuperado en muchas de las producciones, recreando la perspectiva de niñas y niños. El documental *Argenmex* (2006) de Violeta Burkart Noé y Analía Miller por ejemplo, convoca -y evoca- en clave testimonial y colectiva la cotidianidad de los exiliados en México. En una cena organizada por Violeta para conocerse e intercambiar experiencias, los distintos protagonistas rememoran sitios, sabores y olores característicos de la infancia *argenmex*. Este documental

autobiográfico y polifónico refleja también las diferencias culturales, el hacer diario de las mujeres, las estrategias de supervivencia, el cambio de roles en las familias, las celebraciones, los vínculos con otros exiliados, la sensación de libertad y la alegría del juego, recuperadas tras años de persecución o clandestinidad.

Algo similar -aunque en clave individual- sucede en la novela *El azul de las abejas* (2014) de Laura Alcoba. Allí la protagonista hace una descripción detallada y minuciosa de las personas, momentos y lugares que formaban parte de su vida como niña exiliada en Francia, la cual se le presenta a veces como absurda, o carente de sentido. Laura reconstruye entonces los pensamientos, preguntas, temores, sueños y fantasías de esa niña que fue, las perplejidades de una existencia marcada por el ir y venir de la correspondencia con su padre, preso en Argentina. A pesar de su intento por llevar una vida “normal”, la existencia en las afueras de París distará bastante de lo que ella había imaginado. Su cotidianeidad estará atravesada por las dificultades económicas, los trabajos “extraños” que su madre consigue para sobrevivir, las pequeñas solidaridades, los dolores y las ausencias; algo bastante alejado del “exilio dorado” que proponía el discurso militar:

Vivo con mi mamá y Amalia en un edificio de cuatro pisos, en el barrio de la Voie Verte. Allá en La Plata yo no imaginaba que las cosas pudieran ser así. Ni el Blanc-Mesnil -con su *Voie* que alguien, alguna vez, habrá visto verde- ni Amalia. [...] Mamá vive con ella porque siempre es más fácil pagar un alquiler de a dos, aún en el Blanc-Mesnil, al final de la Voie Verte. Se conocieron en la universidad, las dos estudiaban historia. Y cuando se reencontraron por casualidad en París, después de las desapariciones, los asesinatos y el miedo, siguieron camino naturalmente juntas, codo a codo. (Alcoba, 2014, pp. 20-21)

En otra escena, la protagonista relata los pormenores de su ingreso a una “auténtica” escuela francesa, reflejando el peso del mandato familiar y su deseo de no defraudar a su madre:

Desde hace algunos meses voy a la escuela Jacques Decour. Estoy orgullosa: es mi primera escuela francesa. [...] Para que me admitieran, tuve que pasar primero por el despacho de la directora [...] hay escuelas para los

chicos que no hablan bien el francés. La directora no dejó de recordárnoslas al principio de aquella cita, pero mi madre le respondió algo que yo ya sabía: que eso estaba fuera de discusión [...] Mi madre espera de mí que demuestre su teoría del 'baño lingüístico', y que así me abra camino lo más rápido posible. Si ocurriera lo contrario se decepcionaría, y yo también. (Alcoba, 2014, pp. 32-33)

La mirada de la niña se detiene también en los pequeños detalles del entorno, imágenes que quedaron fijadas en su memoria como el empapelado lleno de tuberías del departamento donde viven, el Blanc-Mesnil con sus calles grises, la entrada de la casa de su amiga Nadine o la montaña cubierta de nieve que la recibe la primera vez que sale de vacaciones con una familia francesa.

Como vemos, esta novela da cuenta de las precariedades de la vida en el exilio y las numerosas estrategias que los exiliados debieron desplegar al menos durante los primeros tiempos en las sociedades de acogida: mudarse a los suburbios, compartir vivienda, trabajar de lo que se podía -en este caso, trasladando a niños con dificultades-, recibir donaciones de ropa y muebles destinados a familias de escasos recursos o a "refugiados", etc. Pero también retrata las redes de sostén -sobre todo, entre mujeres- que se fueron tejiendo, las pequeñas alegrías, la distancia entre la percepción adulta y la de niñas y niños.

Superposición de violencias e impacto subjetivo

Es frecuente también en las narrativas la presencia de pesadillas y sensaciones de malestar físico o extrañeza, que dan cuenta del impacto subjetivo que tuvieron las múltiples violencias y despojos padecidos por niñas y niños antes, durante y en algunos casos, también después del exilio. Inquietudes, desagradados, náuseas y temblores que han quedado grabados desde los primeros años de vida, y que a veces sin demasiada explicación retornan súbitamente ante un lugar, un olor, un sonido o una situación específicos en una suerte de *memoria involuntaria* de los cuerpos.

La novela de Mónica Zwaig, *Una familia bajo la nieve* (2021) recrea algunas de estas sensaciones. En este caso, Harmónica -la protagonista- ha nacido en Francia y es la tercera hija de una pareja de exiliados argentinos. Sus padres han decidido no regresar al país de origen y silenciar los moti-

vos que los llevaron al exilio. Si bien la niña es francesa de nacimiento, se siente ajena a todo y a lo largo de gran parte de la obra intenta comprender por qué sus padres han optado por callar y olvidar, y actúan como si estuviesen “congelados”. El peso de la propia historia sobre las subjetividades, se manifiesta en un clima de malestar familiar y silencios densos e incomprensibles. La niña siente que la muerte los acecha, y tiene oscuros pensamientos acerca de la casa “suicida” en la que viven:

No es fácil vivir en una casa donde murieron dos familias antes que la tuya, y el suicidio del vecino que compró un pedacito de nuestro jardín para construir su casa me terminó de convencer de la maldición sobre ese lugar. Sentía que estábamos rodeados de muertes. Me daba miedo que también nos pasara una tragedia por encima y por eso durante muchos años odié esa casa. Entendía que mis padres se habían mudado ahí porque querían algo lindo y mucho más grande [...] pero yo prefería nuestra vida chiquita en la miseria. (Zwaig, 2021, pp. 14-15)

El registro sensorial de malestar y extrañeza se articula a veces en las narrativas con la presencia amenazante de huecos, ausencias, vacíos de significación o situaciones incomprensibles; de informaciones faltantes o recibidas a medias que impiden a niñas y niños reconstruir la propia historia. En algunos casos esto se manifiesta en pesadillas inexplicables o incluso en una sensación de parálisis o inmovilidad.

En este sentido, la novela de Mónica recupera los desencuentros y dificultades de entendimiento entre generaciones; entre lo que los padres deseaban o podían efectivamente hacer/decir/soñar y las expectativas de unos hijxs que crecían y demandaban respuestas. La conversación trunca entre una Harmónica ya adolescente y su padre -que ocurre luego de la separación y la mudanza de la madre del hogar familiar-, plantea un punto de incomprensión que pareciera irreductible:

[...] estaba preparando el almuerzo cuando papá me vino a buscar. Me dijo que me llevaba al McDonald's. Era nuestro punto en común en la depresión, así que acepté. Con la luz asesina del local que quedaba al lado de la rotonda [...], entre dos papas fritas, me dijo: 'Yo nunca canté bajo la tortura'. ¿Cantar? ¿Quién te creés que sos, papá, Julio Iglesias? No entendía

el significado de la palabra *cantar*, pero asociada a tortura no inspiraba nada bueno. [...]

Yo sabía que con su confesión estaba comprando mi docilidad y creo que eso me daba ganas de llorar, porque lo demás no lo entendía [...] No dije nada. Debe ser horrible contar un secreto y que no te contesten. No sabía qué decir. (Zwaig, 2021, p. 90)

La escena refleja las complejidades que esconde el silencio paterno y el infructuoso intento de la adolescente por comprender el secreto que le estaban súbitamente revelando. A la confesión de esa experiencia intransferible -e inaccesible para ella- le sigue un vacío doloroso, donde ninguno de los dos sabe qué hacer, donde pareciera no haber palabras capaces de tender puentes entre ambos.

En *El azul de las abejas* en tanto, la protagonista relata un sueño recurrente que la perturba y también la deja inmóvil, sin capacidad de reacción alguna:

Me cuido mucho de llamar la atención. No sólo porque tengo miedo de entrar en una conversación [...], sino también porque no me gusta mostrar mi acento. Me da vergüenza. Cuando me doy cuenta que alguien lo percibe me siento como en esa pesadilla que tengo con frecuencia y en la que estoy de pie, al fondo de un ómnibus, y de pronto me doy cuenta de que me olvidé de vestirme [...] los pasajeros también se han dado cuenta y ahora tienen los ojos clavados en mí. Me han visto y, sobre todo, *saben*. [...] en el fondo eso es lo más horrible: saber que ellos saben y no poder hacer nada. (Alcoba, 2014, pp. 33-34) [la itálica es del texto original]

Podemos sentir junto a ella los ojos clavados sobre el cuerpo desnudo, la sensación de intemperie, la desesperación por no poder hacer nada -ni cubrirse, ni decir, ni salir corriendo-, la soledad.

Tránsitos forzados, distancias y lazos truncos

Los tránsitos forzados entre países y ciudades, así como los dolores y las ausencias producto de la distancia son temas que se repiten en las obras. En la novela de Laura, la protagonista relata que contrariamente a lo que suele pensarse, su exilio no comenzó con la salida física del país, sino un

tiempo antes, en la ciudad de La Plata, cuando sus abuelos la enviaron a estudiar francés a la espera de que pudiera viajar para reunirse con su madre en Francia. En esta escena queda en evidencia una vez más la singular perspectiva de niñas y niños, así como el enorme peso de las expectativas familiares:

Mi viaje comenzó en alguna parte detrás de mi nariz. Y mucho antes de salir de la Argentina. Ya no recuerdo si fue mi abuelo quien me anunció que pronto iba a empezar a tomar clases de francés [...]. Sólo sé que un adulto me dijo que tenía que empezar cuanto antes y aprender muy rápido si no quería sentirme completamente perdida a mi llegada a París. (Alcoba, 2014, p. 9)

Continuando con los desplazamientos, en uno de sus poemas contenido en el libro *The Strange House Testifies* (2009), Ruth Irupé Sanabria relata también su angustioso viaje de salida al exilio. En este texto escrito en inglés, que vuelve a hacer uso de la perspectiva infantil y el detenimiento en colores y detalles, el miedo y la incertidumbre se manifiestan en un malestar “inexplicable” en el cuerpo, que hace a la niña vomitar:

I vomited in the clouds
above the ocean
between Buenos Aires and New Orleans [...]
One stewardess gave me a hard American mint, red and white, to suck on
and pinned a pair of plastic wings on my chest;
said it was the shock of clouds
that had made me sick¹⁹. (Sanabria, 2009, pp. 6-7)

En este caso el recuerdo del viaje queda anudado al registro de la dureza de la menta en la boca, a su color rojo y blanco, al material plástico de las alas que le regala la azafata. El lenguaje poético hace también lo suyo: la protagonista no vomita sobre sus ropas, sino “en las nubes” y “sobre el

19 Vomité en las nubes / sobre el océano / entre Buenos Aires y Nueva Orleans [...] / Una azafata me dio para chupar una dura menta americana, roja y blanca / y pinchó un par de alas de plástico en mi pecho; / dijo que había sido el choque con las nubes / lo que me había hecho enfermar” (Sanabria, 2009) [la traducción es nuestra].

océano” que la separa de todo lo conocido. La escena queda pues atravesada por las afectaciones de un cuerpo que se ve compelido a vomitar debido a “eso que la hizo enfermar” -*made me sick*-... ¿La tristeza? ¿el desconcierto? ¿el viaje intempestivo hacia un país lejano y ajeno?

En “Distancia” (2009) en tanto, la escritora nos acerca a otro tópico importante asociado a los desplazamientos y tránsitos: las dificultades para sostener y conservar los vínculos afectivos y familiares por las limitaciones que imponían la distancia y los escasos medios de comunicación disponibles -en general cartas, y sólo de vez en cuando, alguna llamada telefónica-. Este poema recrea una conversación entre la niña exiliada en los Estados Unidos, y su abuelo -quien ha quedado en Argentina-:

My grandfather asked me: could I remember
him, the park, the birds, the bread?
I'll be dying soon, he said.
His voice would stretch the ocean and end there,
inside the olive phone in our tiny kitchen.
My mother would stretch the green shell to my ear,
speak, say something, speak. My fingers tugged the cord
across our red wooden table. Listening to the dark adios,
I carved half moons into the wood with my fingernails.
In case I am dead by your next birthday, hija, remember... (Sanabria, 2009)²⁰

En esta conversación dolorosa con un abuelo al que ya no se puede ver ni abrazar, algo inesperado irrumpe: “me voy a morir pronto”. La niña se mantiene en silencio, aún a pesar del pedido de su madre: “decí algo”. El abuelo insiste en la proximidad de su muerte, en la importancia de recordar. Las pérdidas y dolores de los tiempos de exilio se tornan vívidos en esta charla enmarcada entre el verde militar del teléfono y el rojo de la mesa.

20 Mi abuelo me preguntó: ¿podría recordarlo / a él, al parque, los pájaros, el pan? / *Me voy a morir pronto*, dijo. / Su voz se extendería sobre el océano y terminaría allí, / en el teléfono verde oliva en nuestra pequeña cocina. / Mi madre extendería el auricular verde hasta mi oreja, / *hablá, decí algo, habla*. Mis dedos tiraron del cordón / a través de nuestra mesa de madera roja. Escuchando el oscuro adiós, / grabé medias lunas en la madera con mis uñas. / *En caso de que esté muerto para tu próximo cumpleaños, hija, recuerda...*” (Sanabria, 2009) [las cursivas son del original, la traducción es nuestra].

La presencia en muchas de las obras de ciertos objetos, como cartas, fotografías, dibujos, ropa o grabaciones de la época son otro modo de tematizar este esfuerzo por recordar y mantener el contacto con la familia y amigos que han quedado atrás, de tender puentes entre “allí” y “aquí”. De este modo, en la muestra *Correspondencias* (2010-2011) de Soledad Sánchez Goldar, la artista recupera cartas enviadas a sus abuelos desde el exilio mexicano. Allí la voz de la madre -a quien Soledad ha grabado releyendo sus viejos escritos-, repite una y otra vez fragmentos desconexos de estas misivas donde se relata el crecimiento de Soledad y sus hermanos: los primeros pasos de ella, las gracias de uno u otra. En la muestra, las palabras escapan del papel para convertirse en sonidos y grafías que cuelgan de las paredes y el techo, y son bordadas junto a un grupo de mujeres sobre prendas de vestir, en un ritual performativo que busca hacer comunidad, reponer lazos, reparar lo roto.

Cartas viejas y grabaciones son también un eje articulador del documental *La Guardería* (2015) de Virginia Croatto. Este filme coral reconstruye la experiencia de la “Guardería”, un lugar que funcionó en La Habana para albergar a niñas y niños hijxs de militantes de la organización “Montoneros” mientras sus padres se encontraban llevando a cabo la “Contraofensiva”, de la que Virginia formó parte. Las cartas leídas en *off* retoman también aquí los pormenores de la vida en el exilio, las inquietudes políticas, los logros cotidianos de los chicos que crecen. Ese aquí y ahora del pasado irrumpiendo en el presente funciona como un choque entre tiempos que estremece y conmueve.

Dilemas identitarios y la crisis del retorno

Por último, algunas obras se asoman a las complejidades e interrogantes que la experiencia de exilio abre en niñas y niños sobre todo en lo relativo a la pertenencia y la identidad. Surgen entonces el desarraigo, la nostalgia -a veces propia, a veces heredada-, las ganas de seguir viviendo en los países de acogida -para muchos de ellos “sus” países- y los conflictos que generó el retorno, que reactualiza muchas de estas preguntas.

En *La Guardería* (2015), varios de los protagonistas relatan el crudo choque entre lo anhelado y la realidad que sintieron al volver al país. Entonces, parafraseando un cuento de Cortázar, una de las jóvenes se pregunta: “¿Quién te dice que adelante es mejor?” (Croatto, 2015). Al invertir

la carga negativa del binomio exilio-retorno, problematiza la supuesta “vuelta feliz”, que para muchos no fue tal.

Argenmex también se refiere a los dilemas identitarios. Allí Violeta afirma que el exilio es una marca que no puede eludir, cuyos límites son difusos: “¿Dónde empezó el exilio? ¿Cuándo termina? ¿En qué país quiero vivir para sentirme un poco menos exiliada?” (Burkart Noé y Miller, 2006). Más adelante, otra de las protagonistas dirá: “Yo siento que volví a la Argentina, pero llegué ahora. Hace 12 años que estoy, pero estoy llegando recién ahora” (Burkart Noé y Miller, 2006). En estos relatos el corazón parece haber quedado dividido entre un país y el otro, siempre extrañando algo. Se esbozan entonces unas identidades “en movimiento” que reflejan este ir y venir entre países y culturas.

Para *Harmónica* -la protagonista de *Una familia bajo la nieve*- en cambio, el exilio se inscribe en el cuerpo; es “como un herpes: una marca vergonzosa con poca importancia para los demás, pero que te hace sentir feo” (Zwaig, 2021, p. 131). Ella también siente que no es de aquí ni de allá, y que no lo será nunca; quizás por eso busca insistentemente reconstruir un pasado familiar lleno de huecos. Finalmente comprende que intentar saber todo acerca de su historia es una misión imposible, y opta por hacer su propio camino e imaginar -“inventar”- aquello que desconoce.

Tal vez sea Mercedes Fidanza en el afiche que acompaña la muestra *Árbol del Desexilio* (2006-2010), quien mejor logre expresar la complejidad de los sentimientos de niñas y niños ante el retorno:

Volver a la tierra de uno no es salir del exilio;
éste continúa adentro hasta que se lo enfrenta diciéndole:
no corras, no te persigas, ésta es tu casa. [...]

Nombrarse.

Desexiliarse.

Pisar tu suelo. (Fidanza, 2006-2010) [las negritas y los cambios de cuerpo de letra son del original]

El poema marca una vez más la distancia entre el desplazamiento/emplazamiento físico y el subjetivo. Al igual que en el inicio del exilio de Laura, el regreso emocional no necesariamente coincide con el viaje de retorno, sino que es necesario realizar acciones concretas -individuales y colectivas- que posibiliten ese “desexilio”.

La memoria como horizonte común

Como hemos podido apreciar en este recorrido, las obras con las que trabajamos dan cuenta del impacto de la violencia y las múltiples y coordinadas estrategias represivas llevadas adelante por el terrorismo de Estado durante la última dictadura cívico-militar con el propósito de controlar y disciplinar a la sociedad e imponer un proyecto político y económico de matriz neoliberal. Prácticas que afectaron profundamente las tramas sociales y familiares, y que, al instalar el terror en los ámbitos privados e íntimos, operaron de manera específica sobre las infancias y adolescencias.

Niñas y niños no fueron pues meros acompañantes sino protagonistas del exilio, viviendo en primera persona la exclusión y el despojo de todo lo conocido. Fueron allí traductores culturales de sus familias, promotores de la inserción en los nuevos lugares, sujetos de modos “poco convencionales” de crianza. Las narrativas que muchos de ellxs -sobre todo mujeres- producen a partir de mediados de los años 2000, recuperan la tristeza por el desarraigo, el desencanto por las condiciones de vida, el duelo por la lengua y la familia perdida, la soledad angustiosa, los silencios de los padres, las dificultades para comprender. Se pueblan de escenas cotidianas que permiten asomarse a lo íntimo de cada exilio, a la pluralidad que esconden el número y la serie.

Muchas de las obras abrevan en el poder de conmoción de unas memorias de infancia que como dijimos, apelan a las fantasías y sueños, a imágenes o pequeños detalles grabados en los primeros años de vida, a malestares y sensaciones de un cuerpo que no olvida. Memorias que retienen en sí las huellas de otros relatos, que son capaces de conmovernos, pero a las que sólo podemos acceder fugazmente. Mediante la puesta en forma narrativa estas artistas logran -individual y colectivamente- recrear, tramitar y transmitir su historia, resignificando el pasado traumático desde el presente. En el singular tiempo y espacio que inaugura la mediación artística -y el recurso a la autoficción, con sus propias lógicas y reglas-, ellas parecen encontrar un modo de lidiar con esas marcas y dolores, dar sentido a las violencias transitadas y tejer nuevos lazos.

En este sentido, nos gusta pensar que se trata de memorias y narrativas *en tránsito*. No sólo porque abordan los desplazamientos forzados, sino por las estrategias enunciativas que ponen en juego -como la hibridez “entre” géneros y formatos-, por reflejar unas subjetividades “en movi-

miento” que admiten cambios y corrimientos. *En tránsito* también por su confianza en el poder transformador de la palabra -que construye espacios de cobijo y reconocimiento- y en la potencia del arte para procesar -y “transitar”- los sufrimientos.

En esta mirada, las obras cobran relevancia y espesor político al proponerse como un territorio de encuentro capaz de vincular experiencias pasadas y presentes, recomponer vínculos, proponer diálogos con viejas y nuevas situaciones de violencia que hoy padecen las infancias. Niñas y niños que de diversos modos son día a día despojados de sus derechos, excluidos de “lo común”, expulsados a sus márgenes. ¿De qué modo afectarán estas experiencias sus vidas? ¿Qué imágenes, inquietudes, miedos, sueños quedarán grabados en sus cuerpos y subjetividades, para emerger -quizás en algunos años- en nuevos discursos y narrativas? ¿Seremos capaces de verlos y escucharlos?

Tal vez en los sutiles modos en que nuestras artistas han logrado recordar, tramitar y transmitir lo traumático, hacer “comunidad” a partir de los dolores; en las estrategias individuales y colectivas que imaginaron para seguir viviendo, sea posible rastrear elementos que nos ayuden a transitar la aridez del presente, a ensayar pequeños actos de resistencia.

Ante un clima de época que tiende a presentar a esta nueva inflexión del neoliberalismo²¹ como un discurso absoluto y totalizante -una vez más, sin afuera posible-. Donde desde el propio Estado se promueve el odio, la crueldad y el desinterés frente al sufrimiento ajeno y se opera sobre marcas y miedos pasados como un modo de coaccionar el presente y disciplinar la imaginación y los futuros posibles. Un momento en que se reclaman “verdades completas” que clausuran las demandas aún pendientes de verdad y justicia, y se busca anular todo horizonte político basado en la solidaridad y lo común; creemos que vale la pena rescatar la labor inclaudicable de las memorias como un territorio singular y al mismo tiempo común, que sostiene y emparenta.

Quizá por eso insistimos en la necesidad de mantener una escucha sensible y atenta a las nuevas voces y memorias que recuperan experiencias traumáticas vividas durante el último proceso militar, para seguir habilitando la palabra y dar cobijo a esas -y otras- subjetividades “lastimadas”. No para quedar anclados en el pasado, sino para insistir en su

21 En este caso sustentada en el capital financiero global, la expansión de las tecnologías digitales y de la comunicación.

fuerza prospectiva. Se trata de no abandonar la disputa por las infancias, de preguntarnos por aquello que nos une a las generaciones venideras, por el mundo que les estamos dejando, por las experiencias y utopías que les invitamos a transitar, por las prácticas de reconocimiento, afecto y cuidado colectivo que les transmitimos, por los márgenes de libertad que les legamos.

Referencias

- Alberione, Eva (2018). Narrativas contemporáneas de los *exiliadxs hijxs*: esa particular manera de contar-se. En Lastra, Soledad (Comp.), *Exilios: un campo de estudios en expansión* (pp. 197-209). Buenos Aires: CLACSO.
- Alberione, Eva y Gencarelli, Candela (2023). Tira con tirita y ojal con botón. Memoria, imaginación y afectos para contar el exilio de la infancia. *Clepsidra - Revista interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 10(20), pp. 115-134.
- Arfuch, Leonor (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arfuch, Leonor (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bajtín, Mijaíl (1982 [1979]). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Blejmar, Jordana; Mandolessi, Silvana y Pérez, Mariana E. (2018). *El pasado inasequible. Desaparecidos, hijos y combatientes en el arte y la literatura del nuevo milenio*. Buenos Aires: Eudeba.
- Carli, Sandra (2011). *La memoria de la infancia: Estudios sobre historia, cultura y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Cosse, Isabella (2018). Pibes en el centro de la escena: infancia, sensibilidades y lucha política en la argentina de los setenta. En Fávero



- Arend, Silvia M.; Blanco Bolsonaro de Moura, Esmeralda y Sosenski, Saúl (Org.), *Infâncias e juventudes no século XX: histórias latino-americanas* (pp. 233-258). Ponta Grossa: Todapalavra editora.
- Cosse, Isabella (2022). Childhood, Love and Politics: The Montonero 'Nursery' in Cuba during the Cold War. *Journal of Latin American Studies*, 55(1), pp. 1-26.
- Duhalde, Eduardo L. (2013 [1984]). *El Estado Terrorista argentino*. Buenos Aires: Colihue.
- Franco, Marina (2008). *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Gamero, Carlos (2016). *Facundo o Martín Fierro. Los libros que inventaron la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jensen, Silvina (2004). *Suspendidos de la Historia/Exiliados de la Memoria. El caso de los argentinos desterrados en Cataluña (1976-...)* [Tesis de doctorado]. Departament d 'Història Moderna i Contemporània, Facultat de Filosofia i Lletres, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Jensen, Silvina y Lastra, Soledad (Comps.) (2014). *Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setenta*. La Plata: Editorial de la Universidad de La Plata.
- Peller, Mariela (2010). Un recuerdo de infancia. juego, experiencia y memoria en los escritos de Walter Benjamin. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 27(3), pp.173-183. Universidad Complutense de Madrid.
- Roniger, Luis (2010). Exilio político y democracia. *América Latina Hoy*, 55, pp. 143-172. Ediciones Universidad de Salamanca.

Urosevich, Florencia (2015). La apropiación sistemática y planificada de niños como práctica social genocida. El caso de la Escuela Mecánica de la Armada. *Tela de Juicio: Debates en torno a las prácticas sociales genocidas*, (1), pp. 81-94.

Yankelevich, Pablo (2010 [2009]). *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México.

Obras analizadas

Alcoba, Laura (2014). *El azul de las abejas*. Buenos Aires: Edhasa. [Novela].

Burkart Noé, Violeta y Miller, Analía (Dirección) (2006). *Argenmex*. Buenos Aires, Argentina. [Película].

Croatto, Virginia (Dirección) (2015). *La Guardería*. Buenos Aires, Argentina. [Película].

Fidanza, Mercedes (2006-2010). *Árbol del Desexilio*. Buenos Aires y Córdoba, Argentina y Morelia, México. [Intervenciones en espacios públicos].

Sanabria, Ruth Irupé (2009). *The Strange House Testifies*. Arizona: Bilingual Review Press. [Poesía].

Sánchez Goldar, Soledad (2010-2011). *Correspondencia*. Ciudad de México, México, Córdoba y Buenos Aires, Argentina. [Performance].

Zwaig, Mónica (2021). *Una familia bajo la nieve*. Buenos Aires: Blatt & Ríos. [Novela].